

## La nueva generación mexicana

**U**NA de las mejores sorpresas, la mejor sorpresa del que vuelva después de unos años de ausencia a México, es el hecho de que en medio de este infierno político, se ha ido formando una generación con personalidad. Son en realidad muy pocas las generaciones que merecen el nombre de nuevas; pocas son las que logran significar algo distinto de las que les anteceden y de las que les siguen. Muchas son o han sido nuevas por los años, pero viejas de alma, insignificantes de alma; simple continuación de impulsos ajenos. Por eso, lo más caro y lo más venturoso en la vida de un pueblo es el milagro de que aparezca una generación verdaderamente nueva y autónoma. Y no se trata nada más de la juventud escolar ni de los jóvenes que viven en las grandes ciudades; también la juventud de los campos, los nuevos líderes, los trabajadores de vigor lozano; toda la gente de los veinte a los treinta años parece animada, lo mismo en el campo que en la mina o en el taller o la escuela, del mismo anhelo de renovación y de purificación. Y no sólo traen anhelo; antes de ésta, ha habido en México muchas generaciones llenas de entusiasmo, un entusiasmo vago que generalmente se deshace en emoción estéril antes de cuajar en tarea. El entusiasmo de la generación joven contemporánea parece mucho más sólido. Basta oír hablar a los jóvenes de hoy: en primer lugar, todos hablan bien; fuerza y abundancia y claridad son las cualidades comunes de casi todos sus discursos. Sin duda estamos delante de una generación que ha soltado la lengua para ponerse a hablar con generosidad y con valentía. En otras épocas, los jóvenes que despuntaban iban a las fiestas oficiales para hacer el elogio de los muertos, cuando no para adular la vanidad de los vivos poderosos, pero vergonzosamente mediocres. Y todavía ayer, hubo uno que otro joven que se puso a hacer el elogio del crimen con el pretexto de la revolución y a cambio de gajes y premios que sólo es capaz de pagar el diablo como precio de un alma. En cambio, la juventud contemporánea en plena rebelión espiritual se abraza de verdad a la justicia, a la libertad, a todos aquellos ideales que la pillocracia reinante creyó haber destruído en México no sólo en la práctica, también en la teoría.

Está pasada de moda la libertad y es imposible la justicia, nos decían ayer no más otros jóvenes que no lograron constituir generación ni tampoco supieron del padecer y el soñar de los jóvenes de estos instantes. Los jóvenes de hoy no son discutidores, no son negativos, no tienen como los de ayer una interrogación en el escudo, tienen propósitos. Los jóvenes de hoy ven claro su ideal y lo afirman con valentía. La interrogación es el signo cobarde de las épocas sin visión y sin fe. La panza, el retorcimiento de la interrogación, deshonra la incisiva, sólida, creadora firmeza del punto. El punto que es principio y es fin y siempre elemento creador. Ya hace tiempo que en mi país se necesitaba de una generación que pusiera sobre cada punto—en vez de las panzas serviles de la interrogación—la raya vigorosa, dogmática, viril de la afirmación. Y eso es lo que está haciendo la juventud de estos días de milnovecientos veintinueve. No se está preguntando qué es lo que significa el presente; se está poniendo en pie para increpar al presente y para marcarlo con el estigma de vil. Está en pie para hacer las cosas a su modo y no para someterse a las cosas. La juventud se ha puesto a hablar y ya nadie podrá acallarla. Las manos de la juventud tiemblan con el ansia de una tarea y ya nadie podrá aplazar la realización de esa tarea. Los otros, los viejos por los años, o porque todavía se apegan a los antiguos métodos, podrán desorientar a la Patria con sus luchas sombrías, luchas por el reparto de un botín que ya va estando exhausto. Pero la nueva generación tiene otra doctrina y otros métodos.

En el período doloroso que ha estado atravesando México, ha habido dos generaciones ya caducas: una que hizo la revolución y murió en la lucha o ha sido desplazada por los aventureros y otra generación que se limitó a cantar a los revolucionarios y a cantar a la revolución, pero sin atreverse a condenarle los yerros; sin osar siquiera la censura de los que violaban el credo mismo de la revolución. Para éstos no ha habido programa sin oportunidad. Y la oportunidad es cambiante y se burla de sus mismos servidores. La oportunidad en su afán de traiciones se pasa a veces de lado de los mismos que la niegan o la bēfan. Pero después de estas dos generaciones—la que hizo la revolución y la que la ha explotado—viene ahora la generación creadora: la generación que tomará en sus manos el destino, como escultor que lo labra, ya no como pretorismo ebrio que lo mancilla. Y en el secreto de esta misión de la juventud contemporánea están iniciados lo mismo los jóvenes que cargan libros debajo del brazo, que los jóvenes que no

saben más que de tareas y de laboriosos amaneceres en el campo; los jóvenes que acuden al taller y aún aquellos que manejan la espada y el rifle; porque al fin y al cabo todos éstos deben más lealtad al destino encomendado a su generación que a todas las ligas que pudieran atarlos con la paz de dos generaciones caducas: la de la destrucción y la explotación.

Hace sólo cuatro años se oía decir por todas partes en México que la gente desorientada no hallaba qué hacer y que carecía la juventud de maestros. Ahora ya sólo se oye el clamor de una juventud que se dedica a orientar a los ciudadanos sobre el momento de la patria. Y aunque todavía sigan desorientados los sucesos (la guerra civil), ya no lo están las conciencias. Y la generación nueva prepara sus armas para el mañana, en tanto que los explotadores y los caducos se acuchillan y disputan por las raciones del ya exhausto botín.

Hace cuatro años se protestaba en todos los tonos una servil sumisión a todos los abusos de lo que dieron en llamar la revolución, y se hacían competencia las gentes para declararse de nombre a cual más revolucionarios. Ahora la gente vigorosa y joven se dispone a pedirle cuentas a la revolución y a enderezarle su credo. El presente llega a reclamar su sitio; pero sólo existe un verdadero presente cuando hay una generación autónoma, una generación firme y clarividente que lo encarna y lo crea.

Medir a los hombres por su facultad para crear y poner fuera de la cosa pública a los que no más predicán nuevas aboliciones, nuevas destrucciones, nuevas hecatombes: tal es uno de los criterios de la nueva generación. Obras son amores, ha dicho siempre el cristiano auténtico, y obras son amores es el lema de toda generación independiente y creadora. Por eso, la nueva generación no es sierva del presente abominable ni tiene ninguna simpatía; al contrario, está llena de condenaciones para su época destructora e hipócrita. Una generación que tiene el valor de la verdad; una generación que no está empeñada como la inmediata anterior en ver cómo justifica el presente para poder acomodarse a él y explotarlo en la quietud de los puestos burocráticos; al contrario, una juventud intransigente y que sólo se preocupa de ver cómo convierte este presente de sombras en una aurora de justicia; una juventud fervorosa que por lo mismo que es idealista se está convirtiendo en eminentemente práctica; tal es la más grata sorpresa del que retorna a México después de estos cuatro años de oprobio y de sangre. Y por eso hay razón para sentirse optimista; porque cada generación llega, al fin y al cabo, aún cuando sólo sea

un instante, al poder y a la ocasión de realizarse, y la causa por la cual se ha prolongado el oprobio contemporáneo es porque no hubo entre la generación destructora y la generación siguiente un esfuerzo de autonomía. Si en vez de la generación burocrática que sólo se puso a legalizar con la doctrina todas las violencias y todos los yerros de la revolución; si en vez de una generación crítica y una generación de interrogaciones hubiera habido una generación como ésta de ahora, que condena porque está dispuesta a superar, entonces no habría caído México tan hondo en el abismo. Y la noche hubiese sido corta.

En la nueva generación se enlazan los hombres y las mujeres unidos por algo más que la atracción de los sexos: unidos en un ideal; sólo esta unión en el ideal es capaz de santificar la triste atracción de los sexos; por eso se ven más libres, pero más castos, más dichosos, estos jóvenes de hoy que se juntan para la tarea además del atrae y repele propio de la otra clase de uniones y por encima de todo conflicto. Un nuevo soplo religioso pasa por las almas jóvenes o más bien dicho, una preparación para el sentir religioso auténtico; la preparación de la verdad; la preparación, la resolución del sacrificio. Ya no los ciegos sacrificios estériles de la barbarie que desprecia la vida; el sacrificio fecundo, glorioso, de los más altos valores de un pueblo a fin de asegurar el decoro, la santidad, la libertad de todo el pueblo. Conmover el espectáculo de la juventud de estos momentos, empeñada en levantar el ideal immaculado por encima de los escombros y en medio de la peste; esta peste de almas que nos tiene en congoja. Jamás ningún héroe tuvo ocasión más hermosa que la de ser pira o antorcha, túmulo o bandera de los ideales de esta generación nueva de México.  
—JOSÉ VASCONCELOS.

Exclusivo para *Atenea* en Chile.

## Mirando un libro de estampas

*Alhué, estampas de una aldea*, por González Vera. Santiago, 1928.

**D**ESDE hace algunas horas soy el hombre de la ciudad que comienza a aburrirse en el campo. He subido desde Talca por el camino de Pencahue y he llegado a este suelo de lomas donde los pájaros vagabundos errabundean sin encontrar la silueta de un campesino.